

Privilegio (Fragmentos)

En la muerte de Manuel Granados

EL TÍTULO INICIAL DE ESTOS APUNTES IBA A SER «ABRIL ES el mes más cruel»; con este nombre memorizaba, igualmente, las desapariciones de otras figuras —no sólo hispanas—, especialmente valiosas, que fallecieron durante este mes. No obstante, opté por este otro, más cercano...

Mis reflexiones están basadas en Manuel Granados, quien fue, y es, una indiscutible expresión del talento literario cubano. Personalmente, no pienso que haya extendido una línea ejemplar a seguir (aunque también esto pudiera ser cierto); más bien, creo que su obra —la que mejor conozco—, resulta un frente abierto para todos.

Me excuso de antemano por cualquier extrañeza pero... en realidad estos mensajes los inicié del siguiente modo: «Todavía no voy a escribirlo pero es un recuerdo de hace mucho tiempo y a mí, a pesar de todo, me alteran las amargas sorpresas; el cariño, el amor y la admiración son, por lo regular, siempre indescriptibles. Ya estoy escribiendo sobre mi amigo: me refiero al novelista Manuel Granados (Manolo), fallecido en Francia el pasado 7 de abril de este año, 1998. Me llevaba (¿o me lleva?) 15 años de edad. Recuerdo que nos conocimos más o menos en 1967, quizás antes (todavía no le habían otorgado, en el concurso literario Casa de las Américas, la mención por su notable novela *Adire y el tiempo roto*); entonces aun vivía en un cuartucho de Centro Habana, relativamente cercano al Paseo del Prado.

Recuerdo haberlo conocido junto al entonces poeta Reynaldo Colás Pineda, que reside hoy en la ciudad de Nueva York. No soy capaz de precisar lo que nos leyó aquella noche, sin embargo, más adelante comprendería que Manolo Granados fue, en verdad, y lo será por siempre, *un revolico tropical*.

Manuel Granados Contreras: negro, homosexual (de aquéllos que tienen hijos, pues son casados con mujeres),

Esteban Cárdenas

combatiente revolucionario del monte, la clandestinidad urbana y escritor, elementos que hacen notar, sin dudas, una especial singularidad.

Nuestra amistad, poco a poco, fue creciendo y transformándose en una especie de hermandad, *supra-garantizada*, antes de mi partida de Cuba, el 10 de enero de 1980.

A raíz de la mención que obtuvo por *Adire y el tiempo roto*, a Manolo le fue propiciado —gracias a Haydée Santamaría—, un apartamento en el Vedado, cerca del ICAIC, donde trabajaba. Su casa fue, desde entonces, un punto para reuniones de escritores y artistas, donde se conversaba, se discutía, muchos jóvenes se veían y todos compartíamos ideas.

Manolo intentaba, de una u otra forma, mantener su postura *revolucionaria*; de cierto modo, su propia biografía así se lo exigía; esto era, en la Cuba de entonces —como lo es en la de hoy—, realmente imposible. Sin embargo, la burocracia ideológica castrista prefería tenerlo de su lado; rápidamente lo hicieron miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba y el Instituto del Libro le publicó, también velozmente, un cuaderno de cuentos «no problemáticos». Esto, de acuerdo con la metodología castrista de cualquier momento, lo comprometía al estilo cubano-caribeño con el fenómeno social comunista, algo sin la más mínima relación con la personalidad de Granados y, mucho menos, con sus ideas y el concepto de lo que era para él la auténtica *libertad*. (...)

Manolo escribía a mano, era rápido con el lápiz, algo equivalente a un tornado, un huracán. Trabajaba casi a diario, aparte de ello, para estar más cómodo dentro de aquel violento surrealismo tropical, se distinguió por ser un vertiginoso cortador de cañas de azúcar; supongo que esto último era, a su modo, una manera de probar que el hecho de ser homosexual, negro y escritor, no disminuía para nada su capacidad ante las tareas de los trabajadores del campo en Cuba, país distinguido por sus contradicciones étnicas y un machismo trasnochado. Es cierto, Manolo fue y es —para los que tuvimos la suerte de contar con su preciosa amistad— un ser «de armas tomar», que de una manera por lo general eficaz sabía utilizarlas.

En 1971, cuando el delirio de la ley 1231, conocida como la Ley Contra la Vagancia, y a raíz del arresto de Heberto Padilla y otros artistas e intelectuales, a Manolo Granados también le tocó su pedazo; de acuerdo con lo que me relató después, con él fueron corteses y hasta gentiles. Lo condujeron a la Seguridad del Estado (enclavada en la antigua Villa Marista) en un auto aparentemente civil, y el regreso a su casa fue del mismo modo, claro está, luego de una *sutil conversación* con algunos jefecillos. (...)

Yo, al triunfo de Castro, era sólo un chico, y Manuel Granados era un valeroso hombre de 28 años que con su lucha, sin saberlo o imaginarlo, ayudaba a instaurar el más doloroso período de la historia del país, semejante sólo a los peores tiempos de siglos anteriores, durante el coloniaje español y la esclavitud.

Una imagen que jamás se borrará de mi espíritu, es la última vez que nos vimos en Cuba. Por razones imposibles de esclarecer en estas líneas él y yo, prácticamente, no nos tratábamos. Pero... llegó el 9 de enero de 1980 y yo era

uno de los ex presos políticos *indultados*, maniobreramente, por Fidel Castro, y me iba de la Isla, nada menos que en vuelo directo, rumbo a la Florida. Manolo lo sabía; incluso me había casado con una amiga suya para que ésta pudiera escapar «legalmente» de Cuba.

Ese día, específicamente ese día, Manuel Granados Contreras se apareció sorpresivamente donde yo vivía con su amiga. Venía sin rodeos a recuperar nuestra amistad y, con una muy clara expresión, lo consiguió. En mi caso, lo dejaba *preso* de la revolución y me llevaba conmigo el estupendo regalo de una amistad que nunca, verdaderamente, había muerto entre ambos. Me iba también con la alegría de otro obsequio: la claridad meridiana de que, como yo y muchos otros, Manolo pensaba que todo el enjambre socio-político de Cuba era, simplemente, una patraña afincada en la misma punta de la maraña, en el peor estilo de *nuestra proyección nacional*. Para mí, que salía de Cuba sin saber si volvería alguna vez, aquel fue, ciertamente, uno de los mejores presentes recibidos durante toda mi existencia.

Por los detalles, que bien yo conocía, no me resultó extraña la solicitud de asilo político por parte de mi amigo en España, hace unos años, ni tampoco —en corto tiempo— su casamiento con Dominique, otra francesa, a la que yo también había conocido en La Habana, a través de él.

Luego tuve la satisfacción de ver uno de sus relatos, «Manuelo y la noche», traducido al francés por la profesora Liliane Hasson y publicado por la editorial Autrement en la colección *L'ombre de La Havane*.

Debo añadir que, antes de que todo esto sucediera, la vida tuvo su curso ordinario... Manolo continuaba entrampado por la maraña cubana y yo, en los Estados Unidos, publicaba mis dos libros de poesía, sufría costosos accidentes físicos y conseguía transmitir parte de mi pensamiento. (...)

Hoy, a punto de cumplirse el 103 aniversario de la muerte de José Martí, la compañía de Manolo me auxilia un poco; sobre todo a continuar con mi obligación de seguir escribiendo. Pienso que a ello me impulsa, especialmente, su incomparable recuerdo, lo cual implica para mí, como para todos los que lo conocieron, un inigualable privilegio...



El Rapto. (1996)